

marido; pero en estas partes de la Tierra-Firme en muchos lugares arman los reyes ó caciques y señores indios principales, no solamente la cabeça, pero la mayor parte de la persona, se cubren de armas de oro, como aqui se parece en estos petos que es dicho de susso, y se verá mas copiosamente en los libros siguientes, y mucho mas plenariamente en la tercera parte desta *General historia*.

Tornando al gobernador Ambrosio y su gente, desde aquel lugar Zomico dieron la vuelta por los pueblos arriba dichos; y viendo que la tierra era trabaxosa por ser invierno, y las poblaciones grandes y con mucha gente y los chripstianos pocos, puestó que aquellos indios eran assaz mansos y se mostraban domésticos, andaban temporizando por aquellos lugares que avian ya estado, esperando que passassen las aguas, que eran muy grandes, y que Esteban Martin volviesse de Coro, penssando hacer grande hacienda, en confianza de passar adelante con la gente que truxese. El qual despues que se partió del gobernador, atravessó por el valle de los pacabuyes y pasó por los chiriguanas y bubures, y por el mismo camino que avian primero passado los

chripstianos con Ambrosio, su gobernador, ó por allí cerca; y donde hallaba indios de paz, decía quel gobernador venia allí cerca, por passar seguro con sus compañeros adelante. Y tardaron treynta y quatro dias hasta llegar á la villa de Maracaybo, y desde allí enviaron á Coro, para que el teniente Bartolomé de Santillana enviassse á Maracaybo la mas gente que pudiesse al gobernador. Y entre tanto que los de Coro yban á Maracaybo, acordaron los de aquella villa de entrar con Esteban Martin y los que llevaba á la tierra de los onotos, que estaban de guerra, y despues quel gobernador avia ydo de Coro avian muerto catorçe chripstianos en un rio, viniendo en unas canoas: y en aquella entrada le diéron cinco flechaços al Esteban Martin; pero hicieron daño harto en los indios onotos. Tardaron de llegar la gente de Coro hasta Maracaybo treynta y dos dias, y hallaron en la cama á Esteban Martin; pero esforçose lo mejor que pudo, y aunque no estaba bien sano, partió con ochenta y dos hombres, que llevó de ambos pueblos, y fué donde el gobernador Ambrosio estaba: al qual halló en Zomico al tiempo que de allí se queria partir, el qual pueblo es de çondaguas.

CAPITULO IV.

De lo que hizo el gobernador Ambrosio de Alfinger, despues que le llegó la gente que fueron de la cibdad de Coro y de la villa de Maracaybo con el capitan Esteban Martin.

Despues de allegado Esteban Martin con ochenta y dos hombres á se juntar con el gobernador Ambrosio, quiso passar el rio; pero nunca pudo llegar á Çumeti, que estaba destotra parte que los chripstianos estaban, por las muchas aguas de lagunas y esteros que estaban en el camino. Hay desde esta tierra de los çondaguas á la cibdad de Coro çiento y çinquenta leguas ó menos, y al Cabo de la Vela septenta,

y desde el Cabo de la Vela á los çondaguas se corre Norte Sur por tierra, y tan llana que lo pueden andar carretas; y es todo muy fértil de mucho mahiz y yuca y patatas é otras fructas, y de mucha montería de venados y aves, y de mucho pescado y bueno. Y háse de yr entre dos sierras: la que está mas al Oriente es de la gente que llaman bubures, poblada, y la que está mas al Ocidente es las sierras

Nevadas, y lo que queda en medio es el valle de los pacabuyes y de los çondaguas; y á la parte de Mediodia, donde fenescçe este valle, está aquel grand rio de Yuma.

Todas estas gentes tractan mucho oro, en espeçial los de ambas costas del rio. Es gente doméstica, que se espera que se podrán repartir y que servirán á los chripstianos, segund estos penssaban. Nasçe aquel rio de Yuma al Sur algo acostado al Sueste, y júntanse en la tierra de los çondaguas tres rios muy grandes, los dos dellos poblados destes çondaguas; y el otro rio es poblado de otra generacion, que llaman *pemeos*, y aqueste de los pemeos viene de la parte oriental, del qual se dirá adelante.

Como el gobernador vido que no podia passar adelante, por lo que es dicho de las muchas aguas, acordó de se tornar á la cibdad de Coro y á Maracaybo, diciendo que avia mucha neççessidad de su persona, por el mal recaudo de sus tenientes y ministros en el exercicio de la justicia é gobernacion, de los quales le avian enviado muchas queexas. Esto se le imputó á grand malicia é achague, diciendo que pues le avian ydo ochenta y dos hombres sobre los que él tenia, que no se debía tornar atrás, sin saber la verdad daquella tierra rica, de que estaba informado por muchos indios, ussando de mucha cautela por encubrir aquellos tesoros á sus amos los Velçares, y porque aquellos pobres soldados no goçassen de ellos á cabo de tantos trabaxos, como avian padescido en su compania, y por tornar él despues á la negoçacion, quando le paresçiesse que seria mas á su propóssito. Desto no quiero ser juez, aunque assi se dixo por muchos.

En fin, él se partió atravessandó por los pueblos de los pacabuyes, la via del Sueste, arrimándose hácia el rio proprio, dando á entender que todavia queria pro-

bar á pasalle si hallasse passo. Y llegado á la costa del rio é tierra de los pemeos, anduvo por allí arriba muchas jornadas. Estos pemeos tractan poco oro, y tienen cobre por moneda, y es tierra de muchas çiénegas, é muy desaprovechada, si no fuesse poblándose la tierra de los çondaguas y pacabuyes: que entonces se podrian hacer hermosas labranças en la tierra de los pemeos, y se criarian en ella muchos ganados.

Siguiendo el gobernador el rio arriba, llegó á otra gente que se llaman *xiriguanas*; pero no como los otros de atrás, porque son animosos guerreros, é quatro ó cinco indios de estos ossan esperar á quinze y á veynte chripstianos. Y por muchas amonestaciones que se les hicieron, nunca quisieron la paz; antes en tres ó quatro pueblos, por donde passaron los nuestros, les hirieron un caballo y quatro chripstianos: que no escapó alguno de todos ellos, no porque tenían hierbas, sino porque las heridas fueron mortales, y tambien porque el camino no les daba lugar de se curar, como fuera neççessario. La tierra de estos xiriguanas es de grandes montañas y anegadiços. Desque el gobernador vido la mala disposicion de la tierra, arrimósse hácia las sierras, la via de Maracaybo; y á la entrada de aquellas sierras envió á la lengua Esteban Martin adelante con treynta hombres, para que viessen si podrian passar los caballos. Y tres leguas de donde él quedó, hallaron dos buhíos con çiertos indios, que no los pudieron entender: é allí estaban hasta treynta gandules, y cómo vieron á los chripstianos, començaron á se reyr é burlar de ellos. Y echaron mano á unas lanças de palmas muy negras de veynte é cinco palmos, y otros con macanas y arcos y flechas, peleando con mucha ossadia, hicieron retraer á los chripstianos: y pelearon mas de dos horas con grandissimo ánimo los unos y los

otros; é antes que les tomassen las casas hirieron á Esteban Martin é á otros seys chripstianos. Pero no murió alguno de ellos, y mataron de los indios quatro ó cinco; y enviaron á decir al gobernador que anduviesse é los socorriesse de gente, temiendo que venian mas indios. É aquel mismo dia dieron los indios otro rebate é guaçábara é tornaron-é pelear con los nuestros: y el dia siguiente llegaron otros quarenta españoles en socorro de los primeros; y fueron bien menester, porque desde á muy poco vinieron muchos indios flecheros y otros con hondas, é si no fuera por las albarradas y palenques que ya avian hecho los chripstianos, fortificándose, tuvieran trabaxo en escapar desta otra tercera batalla. El gobernador llegó desde á tres dias é hizo curar los heridos, é partió de allí otro dia despues.

Estos indios, con quien pelearon, no se supo qué gente era; pero traían todos mantas de algodón cubiertas, assi hombres como mugeres, muy pintadas estas mantas; é allí hallaron muchas cargas de sal, que venian de la tierra adentro de la parte del Sur. Pero no supieron si esta sal era artificial, de agua de la mar hecha, ó de algund lago, ni de qué parte se traía.

Partidos de aquel pueblo los chripstianos y su gobernador por unas sierras no muy altas, pero fragosas, en que se detuvieron quatro jornadas, sin hallar poblado, con mucha hambre, en el qual camino é sierras quedaron despeñados y desmayados tres caballos y una yegua, lo uno por muchas caydas que avian dado y lo otro por no aver hierba que comer. Y tambien se cayó muerto un chripstiano de hambre y de cansado.

Á cabo de las quatro jornadas llegaron á un pueblo de cinco buhíos, é dieron en

él, porque como no entendian los indios, acordaron de acometerlos, antes de ser acometidos dellos. Allí tomaron algunos indios que llevaron adelante cargados con el oro é otras cosas, porque tenian mucha neçessidad de bestias, é porque ya que no los matassen ni los convitiesen ni los dexassen libres, los tornassen açémilas ó asnos para llevar sus propios despojos, para quien se los tomaba. Y porque allí avia muy poco qué comer, envió el gobernador por la carne de los caballos é yeguas que atrás se les quedaban, que no podían andar: é traída, la comieron, é aun hasta los cueros asados y cocidos y aun no bien pelados, y no les paresçia que era poco buen manjar, segund su hambre.

Solia yo tener en algo aquella hambre del rey don Johan, segundo de tal nombre en Castilla, quando el quarto dia despues de su entrada en el castillo de Montalvan, hizo matar su caballo é otros por falta de carne para él y los que allí se hallaron ó se metieron por su plaçer; y solíame paresçer esto un grandissima neçessidad. Y diçe su corónica quel Rey mandó adobar los cueros para çapatos, y que la carne daquellos caballos fué loada por dulce y muy buena de comer, salvo que era molliça ¹. Pecador de mí!. Que aquella hambre del Rey don Johan era voluntaria, y no podia turar mas, de quanto él la quisiesse tener, y ponerse en essa neçessidad y que fuesse forçosa. No era como la que estos chripstianos con Ambrosio su gobernador tenian: ni es el çibo, de que yo me espanto, comer caballos, ni tigres, ni leones, que son mas indómitos é fieros animales, ni comer perros, ni gatos, ni culebras y serpientes los hombres por neçessidad: que todo esto lo he visto; pero comer un hombre á otro, esto es lo que me espanta,

¹ Crónica de don Juan II, Año XX, cap. 27,

edición de Monfort, Valencia, 1779.

entre estos indios, aunque tan inorantes, son de nuestra fé cathólica; pero mucho mas me maravillo de oyr que un hombre chripstiano tal cometa.

Tornemos á nuestra historia. Despues que este gobernador Ambrosio de Alfiniger y sus compañeros ovieron comido aquellos caballos, llevando algunos tajas dellos para adelante, fueron dos jornadas hasta que llegaron çerca de una sierra alta, en la qual se paresçian algunos humos de pueblos. Y desde allí, por mandado del gobernador, fué Françisco de Sancta Cruz, su alguaçil mayor, con sessenta hombres á ver aquellas sierras y por bastimento, si lo hallasse: é llegó á unos pueblos que estaban en lo alto de la montaña, y defendiéronse lo mejor que pudieron; pero todavia les tomó la sierra é captivó algunos indios, y los truxo al Real cargados de mahiz; y tardó quatro dias en esto. Y cómo la dispussion de la tierra no era buena, acordó el gobernador de yr mas sobre la mano derecha por tierra despoblada y sin camino, é á cabo de dos jornadas se apossentó al pié de la sierra en un valle, porque los indios prisioneros que llevaba, le dixeron que allí avia algunos pueblos: y envió gente á saber si era assi, é subieron á la sierra é vieron en un valle un pueblo que se diçe *Elmene*, en el qual avia muchos indios. É salieron á resçebir á aquellos chripstianos con lanças de veynte y cinco ó treynta palmos, y un palmo antes de las puntas estaban llenas de plumages muy hermosos, como gente que se presçian de las armas; y traían mantas cubiertas, é las haldas llenas de piedras.

Destos chripstianos ó descubridores yba por capitán Esteban Martin, el intérpetre ó lengua, el qual se dió tan buen recaudo que les ganaron el pueblo, y los indios subiéronse huyendo á las cumbres de las sierras; y como tenian alçadas y escondidas sus haçiendas, no hallaron na-

TOMO II.

da en el pueblo; mas buscando en torno dél, toparon con algund mahiz escondido, y tambien lo hallaron enterrado en los buhíos. Y cómo la tierra era muy poblada, no osaron enviar daquel bastimento al gobernador, por no se dividir; pero dexaron quarenta é cinco hombres en el pueblo, y los demas subieron al puerto á lo alto, que estaria dos leguas de allí, y consideraron la disposicion de la tierra y los passos, y pensaron peresçer de frio. Y luego otro dia amanesció la mayor parte de la sierra cubierta y llena de nieve; y los chripstianos con mucho trabaxo, casi helados, se tornaron adonde avian dexado los compañeros, y el dia siguiente se partieron de aquel lugar, cargados todos de mahiz, é los indios tras ellos escaramuçando. Y cómo salieron ençima de una sierra, dieron en estos chripstianos por muchas partes, é hirieron uno dellos; y dexadas las cargas en tierra, volvieron animosamente contra los indios, y los pussieron en huyda. Y á cabo de dos jornadas llegaron al real donde estaba el gobernador, aviendo diez dias que eran salidos del campo; y hallaron que tenian mucha hambre y que avian comido algunos perros.

Estos indios viven en aquella sierra que llaman del *Mene*, y son de una generacion llamada *corbagos*, é hay dellos grandes pueblos, pero muy apartados unos de otros por aquellas sierras é valles, do tienen gentiles labranças de mahiz é *icorao-tas*, que es una çierta legumbre como habas, é otras rayçes que siembran, que son como çanahorias, y mucho ápio como el proprio de España, y otra fructa *aniana* de turmas de tierra. Y los hombres y las mugeres andan allí cubiertas sus vergüenças con mantas de algodón, é algunas de aquellas mantas muy pintadas.

Traen los indios un carcax lleno de muchas flechas, tan luengas como tres palmos, y los arcos muy pequeños, pero re-

gios, y tambien los meten en el mesmo carcax. Pelean assimesmo con unas cañas é lanças y hondas, y como viven en partes ásperas, echan galgas ó piedras grandes á rodar. Traen todos sus adargas medianas de cuero de venados ó de corteças de árboles, y muy bien hechas sus embraçaduras.

Llegados estos chripstianos al real, y hecha relacion de todo al gobernador, entendida la fragosidad del camino, acordó de yr adelante por la via que llevaba, é tardó dos dias hasta llegar al lugar llamado Mene; y estando muy çerca dél, pegáronle fuego los indios, de lo qual sintieron mucha pena los chripstianos, porque yban muy cansados y con muchos dolientes. É allí haze grandissimo frio; pero aposentados como pudieron, envióse á buscar comida con veynte compañeros, é hallaron un mahizal çerca de allí. Y estando cogiendo el mahiz, dieron los indios sobre ellos, y mataron tres chripstianos, y cortáronles las cabeças con unas cañas, que ellos usan en lugar de cuchillos, y no cortan menos, é hirieron á otros tres chripstianos, é desde á pocos dias murió el uno dellos. Estos indios acostumbran tener en sus casas colgadas por arreo cabeças de hombres y braços y piernas, desollados y llenos de hierba, como en nuestra España acostumbran los caballeros que son monteros, poner á sus puertas las cabeças é cueros de los puercos javalies y osos y otros animales; pero no se supo si estos trofeos é insinias son de indios questa gente come, ó si son de los propios ó naturales que se mueren entre aquestos indios. É assi hallaban colgadas estas memorias por aquella tierra y en este pueblo del Mene, en el qual estuvo el gobernador Ambrosio çinco dias, y el sexto se partió de allí y fué á dormir en medio de la sierra en un páramo sin ninguna poblacion. Y otro dia siguiente llegaron á la cumbre ençima del puerto; el qual halla-

ron llano é de grandes prados, sin monte alguno; y caminaron por un páramo todo el dia, con grandissimo frio, é agua, é viento: é tomóles la noche en el mesmo páramo, é hallóse el gobernador Ambrosio en la vanguardia con hasta veynte y çinco hombres, y todos los demas durmieron, de yr cansados por el camino, cada uno donde podia. Pero el que mejor cama tuvo, tenia los piés en el agua assentado, dando tenaçadas con los dientes, temblando de frio, sin lumbre y sin comer y sin ropa ni abrigo alguno. Quando fué de dia, movieron los delanteros con el gobernador, é vieron çerca de allí un pueblo con veynte casas ó buhíos, al qual pegaron fuego los indios, assi como vieron á los chripstianos, é huyeron.

Llegados los chripstianos, hallaron sola una casa por quemar, en la qual se metió el gobernador, y envió á recoger la gente, y tardó en esto dos dias. Pero no llegaron todos, porque ocho chripstianos quedaron muertos de frio, é algunos de hambre; y uno de los defuntos fué el capitán Casamyres Nuremberg, de los de á caballo, que yba doliente muchos dias avia é hinchado. Y quedaron en el páramo con los chripstianos muertos un negro y una yegua, y mas de çiento y veynte indios muertos de los que traían: quedaron cadenas, municiones é otras muchas cosas perdidas, que no ovo quien la pudiesse llevar. Recogida la gente al pueblo quemado, reposaron allí quatro dias, porque hallaron mucho mahiz en silos, y con ello y con algunos bledos sin sal passaron como pudieron; pero no faltó dia de ser acometidos y pelear con los indios, los quales se allegaban para esto de muchas partes con muchas boçinas de cobos grandes, que se oían de muy lexos, é con tanta grita y alaridos, que pareçia que aquellos valles é peñas se abrian. Pero no ossaban llegarse muy junto á los chripstianos, por el temor que avian á los

caballos, que á su vista era cosa admirable.

Desde á seys dias se partió de allí el gobernador, é á cabo de dos jornadas llegaron á un valle muy grande é muy poblado de una generacion de indios que llaman *aruagas* ó *aruacanas*: los quales, viendo á los chripstianos, quemaron sus pueblos, porque no les pluguiesse á los huéspedes el aposento, y tambien porque la fábrica ó arquitectura de aquellos edificios es de madera y paja, y presto los tornan á edificar. Visto aquesto, mandó el gobernador aposentar su real y gente una legua ó menos de otro pueblo que estaba por quemar la mitad dél, para que de noche lo tomassen los nuestros

sin ser sentidos. É assi se hizo: que quando amanesció, ya estaban algunos españoles en el pueblo, é los indios huyeron.

Llegado allí el gobernador, reposó con su gente siete ú ocho dias, porque todos yban muy cansados é hambrientos. É allí venian cada dia los indios á los flechar, y mucha cantidad dellos; pero no se açercaban tanto que los dañassen ni ossaban, pero quitábanles el sueño.

Como los chripstianos estuvieron algo mas descansados, tornaron á su camino la via del Norte, para volver, si pudiesen, á la ciudad de Coro é á la villa de Maracaybo, donde todos desseaban mucho de verse.

CAPITULO V.

Cómo el gobernador Ambrosio de Alfinger partió del pueblo quemado, continuando su camino para la ciudad de Coro, é de cómo fué muerto, y de lo que despues hizo la gente que con él estaba.

Partió el gobernador Ambrosio y los chripstianos del pueblo quemado, que se dixo en el capitulo de suso, é siguieron la via del Norte sin llevar lengua ni guia alguna, sino como su ventura y pecados los guiaban: é passaron por muchos pueblos, que ninguno dexaban de quemar los indios, assi como sentian yr los chripstianos hácia ellos. Y desde á quatro jornadas llegaron á un pueblo que estaba ençima de unas sierras, en que avia hasta dosçientos buhíos; y los indios estaban ençima de un çerro alto y tan çerca de los chripstianos, que desde el pueblo los vían é los oían hablar. É á media legua de este pueblo, en una ladera, estaba otro pueblo de ochoçientos buhíos é mas, y el gobernador se passó de largo y no quiso llegar á aquel pueblo grande, porque está entre unos arroyos, muy fuerte y peligroso, é temió que le acaesçiesse algund siniestro por la disposicion del asiento. Y passaron los nuestros por una

loma adelante á la mano siniestra de aquella poblacion grande, é durmieron en un monte: é otro dia passaron adelante un mal rio y de grandes barrancas por la costa dél, y caían y rodaban muchos caballos, y murióseles allí una yegua; pero no se perdió la carne: que luego se la comieron. Passado aquel rio y los barrancos, fueron á dormir en una savána, é quedó parte de la gente atrás á par daquel rio ques dicho, y el fardaje y el oro que llevaban: y estando otro dia de mañana esperando la reçaga, mandó el gobernador á Esteban Martin que subiesse ençima de una sierra que estaba çerca de allí, é consideráse el camino que avian de llevar; porque no llevaba otro adalid, y este aunque no sabia la tierra, era hombre de mucha diligencia y esforçado y que se daba buena maña en las cosas de la guerra. Y el Esteban Martin se fué á almorçar, para cabalgar é yr á lo quel gobernador le mandaba, y